

Con esto á la pura Madre
Rinden todos alabanzas.
Los dos, Alberto y Dionisia,
A las grandezas profanas
Dan de mano, y se retiran
A las ásperas montañas.
Hicieron en ellas vida
Mas angélica que humana,
Hasta que, muertos en paz,
Suben á gozar las palmas.

(La princesa de Tinacia, Pliego suelto.)

1314.

LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.—I.

(Anónimo¹.)

Hoy, señores, hoy pretendo
Dar al auditorio mio
Noticia de un cierto caso
Que en Tolosa ha sucedido.
En virtud de la palabra
Que os di, amigo Federico,
Pretendo dar cumplimento,
Aunque es rústico mi estilo.
Hubo en Tolosa de Francia,
Segun se lee en los libros,
Dos duques, que eran hermanos,
Con muy grande poderio.
El mayor y mayorazgo,
Segun escriben antiguos,
Ya viéndose populoso
De los bienes de este siglo,
Si bien tocado de Dios,
O bien del cielo asistido,
Procuró al mundo dejar,
Sabido todo es gemidos.
Hizo su renuncia en fin
En el hermano, y le ha dicho
Tomase estado á su gusto,
Porque el tomarlo es preciso.
Casó á su gusto el pequeño
Con un soberano hechizo,
Y viendo el mayor quietos
Sus estados, se previno
El cambiar por los sayales
Las ropas y los vestidos,
Conmutando los diamantes,
Esmeraldas y zafiros,
Las perlas y los topacios,
En muy ásperos cilicios,
Y los regalos del mundo
En espirituales libros.
Las congojas, las angustias,
Las lágrimas y suspiros,
Que costó cuando ya el plazo
De esta ausencia fué venido,
No es posible referir.
Fuése en fin el Duque invicto
A lo intrincado de un monte,
Y en la espesura de un risco,
Entre alfombras de esmeralda
Que naturaleza hizo,
Acompañado de plantas,
Y de alegres pajarillos,
Su vida áspera hacia.
¡Oh prodigio de prodigios!
¡Qué admiracion se me ofrece!
Pocos habrá en este siglo
Que imiten á este varón,
A este anacoreta, asilo
De virtud y santidad.
Dejemos en este sitio
A este justo en su maleza,
Y al hermano me es preciso
Mencionar, para saber
Que á los dos años cumplidos
El cielo le dió una hija,
Y dieron por apellido

La Linda deidad de Francia.
Considere el advertido
De sus padres la crianza,
Los halagos y cariños,
Con que á la Infanta criaban:
¡Oh qué grande desatino!
Aquí se cumplió el refrán,
Que á veces el mundo mismo
Es causa de perdiciones,
Y bien dijo el que lo dijo.
Cumplidos los doce años
De su edad, habia distintos
Caballeros pretendientes,
Y habia grandes ruidos.
Muertes hubo, y la ciudad
Se quejaba al Duque mismo,
Padre de la dicha dama,
Para que tanto delirio
Le obligase á darla estado;
A lo que el padre previno
El darle á su hermano parte
De todo lo sucedido,
Y avisarle en esta forma:
« Señor y hermano querido,
» Hallándome atribulado,
» Y en parte de mas cariño,
» No hallo modo ni manera
» Con que poder dar castigo
» A quien fomenta mis penas;
» Vuestra sobrina es motivo.
» Avisadme el mejor medio
» Para evitar el delirio
» De tanta profanidad;
» Mostráos, señor, benigno,
» Y vuestro raro talento
» Me saque de este conflicto. »
Remitió la dicha carta,
Y sus renglones leídos,
La respuesta que le envía
Fué darle preciso aviso,
Le manden á la sobrina
Al yerno. ¡Quién tal ha visto!
A la hija le amonestan
Que pase á ver á su tío.
En fin, con la dicha idea
Consiguieron el designio
De que pase la Duquesa,
Para lo que se previno.
Lleva una gran comitiva,
Que todo el país lucido
Acompañó á la Duquesa.
¡Cómo diré á punto fijo,
El número populoso
De tanto Adónis lucido,
Que solo por una dama
Se miran todos perdidos?
Depositaron la perla
En el oriente y rocío
De aquel sol de la virtud,
Bonde ocho días cumplidos
Con júbilos y festejos,
Los mas parientes y amigos
Asistieron cuidadosos.
Luego el tío le previno
A su hermano la dejase,
Que con ejemplos divinos
Pretendia persuadirla
Para que dejase el siglo,
De la madre los halagos,
Y de su padre el cariño.
Y dándole documentos,
A los ruegos de su tío
La convencieron, de forma,
Que en el acuerdo convino,
Y próximo de la cueva
Se la dedicó su tío,
Donde una celda le hicieron:
¡Este es el mayor prodigio!
Adornó sus blancas carnes

Con muy ásperos cilicios.
Pediale á Dios perdon
De sus cul'pas y delitos:
Trasformada en Magdalena
Se miraba, ¡qué prodigio!
Comia yerbas silvestres,
Y en arroyos cristalinos
Bebia, quien despreció
Los vasos de oro muy finos.
Dejémosla en este estado,
Y á la ciudad me es preciso
Tornar, para saber que
Cierta caballero rico,
Por amor de la Duquesa
Pasaba cruel martirio,
Angustias, fatigas, ansias,
Penas y grandes delirios;
Y viendo que era imposible
El conseguir los designios
De gozar de su hermosura,
De una industria se previno
Para lograr su esperanza,
Y fué con muy mal principio,
Pues invocando al demonio,
Hizo pacto. ¡qué delirio!
Que si á la Duquesa alcanza
Entregaria propicio
Su alma al mismo demonio,
El cual le dió por arbitrio,
Se fingiese endemoniado:
¡Quién este suceso ha visto?
Sus padres desatinados
Procuraban exorcismos
Por su mejoría, y no
Hallando en ellos alivio,
Les dijo el demonio un día:
— Solo en el desierto, es hijo,
Está quien puede sacarme
De este cuerpo, y así digo:
Llévese esa criatura,
Porque el Justo con sigilo
Nos castiga con gran furia.—
Y sus padres que creídos
Fuéron con el fingimiento,
Lo llevan al Duque invicto,
Para que por caridad
El les curase á su hijo.
Movido de un santo celo,
El varón ferviente y pio,
Al fingido endemoniado
Le aplica los exorcismos
Sin poder lograr el fruto
De todos apetecido.
El demonio le avisó
El mismo paraje y sitio
Donde la Duquesa asiste;
Y una noche se previno,
Yéndose paso entre paso,
Hasta llegar á aquel sitio
Que, á la espalda de la cueva,
Daba á la Duquesa asilo.
Por dentro se sumergió,
Hasta que por suerte vido
Aquella suma deidad,
Yendo muy bien prevenido,
Para su defensa y guarda,
Con lágrimas, con suspiros,
Con halagos y promesas,
Y con fingidos cariños.
La Duquesa se asustó,
Diciendo: — Por Dios te pido,
Que te vayas y me dejes,
Señor, en este retiro.—
No bastaron las promesas,
Las lágrimas y suspiros,
A poderle persuadir
A que dejase el designio,
Porque el demonio no duerme.
Venció por fin el castillo

De su firme castidad;
Quedó aquel jardín lucido,
Sin la fragancia en sus flores,
Y aquel pecho diamantino
Convertido en blanda cera;
Quedó aquel sol sin sus giros.
Dejo en fin este proceso
De su vida: ¡qué conflicto
Verse su luz en tinieblas!
¡Oh espíritus femeninos,
Qué breve que os convenceis
A los fingidos cariños!
En fin, viéndose la dama
Con sus honores perdidos,
Añadiendo culpa á culpa,
Se fué con él, ¡qué delirio!
Abandonando su cueva,
Con el caballero ha ido
Rodando por toda Francia,
Y á cien leguas de camino,
En una grande ciudad
Hallaron preciso abrigo.
Allí vivieron seis años
Con título de marido,
Y enojado ya el Señor
Le remitió nuevo aviso,
Y fué, que al tal caballero
Una enfermedad le vino,
Y conociendo su muerte
A la enmienda se previno.
Confesó generalmente
Sus cul'pas y sus delitos;
Murió, y viendo la dama
Que le falta su querido,
Añadió males al mal,
Tomando nuevo ejercicio.
Fué á ser moza de un meson:
¡Qué crueldad! qué desatino!
¡Oh qué riguroso astro!
Aquí, lector, determino
Decir, que en otro romance
Finalizará el prodigio,
Y el feliz fin que esta dama
Tuvo, segun lo colijo.

(La Linda deidad de Francia, Pliego suelto.)

¹ La leyenda que ha dado asunto á ambos romances de la linda deidad de Francia, lo dió tambien á varios dramas del siglo xvii; y entre ellos al que el Doctor Mira de Mescau compuso con título del *Ermitaño galán y mesonera del cielo*.

1315.

LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.—II.

(Anónimo.)

Al fin de los dichos años
Que ya quedan referidos,
Por la espesura de un monte
De aquel excusado sitio,
Huyendo de la inclemencia
Del invierno y de sus frios,
A las puertas de la ermita
Un misero peregrino
Llegó, buscando su albergue,
Y el ermitaño benigno
Dióle posada gustoso,
Donde trataron distintos
Misterios, que en este mundo
Por experiencia se han visto.
Acordóse el justo Duque
De su pena dolorido;
Preguntóle dónde iba,
O cuál era su designio,
Porque si pasaba á Roma
Le haria encargo preciso;
A lo que le respondió,
Que guiaba su camino
A su país, porque ya
Lo mas del mundo habia visto.

— Pues dime, ¿tiene la Francia,
O todo cuanto has corrido,
Alguna dama que exceda
En la hermosura y el brio
A la que le nombran Vénus?
Que he leído algunos libros,
Y me parece que no
Habrá en el humano siglo
Quien á esta pueda exceder;
Pues es cierto que rendido
Quedo cuando llego á ver
Las letras, en que colijo
Deben rendirse los hombres
A una hermosura, esto es fijo.—
Todo esto proponia
Solo por tener indicios
Dónde pára su sobrina;
Respondióle el peregrino:
— Mas de cien leguas de aquí
Vide un soberano hechizo
De una hermosísima dama,
Que le dan por apellido
De que es la Linda de Francia;
Pero vengo compasivo
Al ver que en una posada
Asiste, con el arbitrio
Y el ejercicio de moza
Tan comun, que el pobre y rico
A pocas súplicas vence,
Y alivia sus apetitos.
Referiré sus facciones,
Y explicarélas, amigo.—
En fin, por lo que la pinta
Dió á entender en el prodigio
De su sobrina, y del caso
El Duque quedó aturcido,
Y turbado su corazón
Al oír lo referido.
Después de haberse ausentado
El huésped peregrino,
Puesto su espíritu en Dios,
Dejó su ermita y abrigo,
Y una tenebrosa noche,
De la oscuridad valido,
A las puertas de su hermano
Llegó el Duque, cual mendigo,
A pedir una limosna,
Por no ser reconocido.
Admirado se quedó
El gran Duque cuando vido
A su penitente hermano:
Preguntóle los motivos
De su determinacion,
Y después de referidos
Los intentos que le asisten,
Por las nuevas que ha tenido
De su sobrina, pretende
Andar países distintos
Hasta llegar á encontrarla:
¿Quién este suceso ha visto?
En fin, mudando de traje,
Aunque nunca los cilicios
De sus carnes los quitó,
Vistió famosos vestidos,
Y prevenido de armas,
En un famoso tordillo,
Que era hijo de los vientos,
De su valor sostenido
Se ausentó de la ciudad
Por Adónis muy lucido;
Y guiado de los cielos,
O de divinos auxilios,
Después de algunas fatigas
Que pasó por los caminos,
Llegó á la dicha ciudad
Que le dijo el peregrino.
Solicitó la posada,
Adonde tránsito hizo;
Tendió la vista, y miró

A la que era el motivo
De tanta tribulacion,
Y con cariñoso estilo
Y fingidos cumplimientos,
A su amor le dió principio,
Diciéndole:— Hermosa dama,
Este tu amante, rendido
De tu hermosura se halla,
Y si acaso yo soy digno
De recibir tus favores,
Dame, señora, el aviso,
Que tendrás aquí un esclavo
Que te servirá propicio.
Bastantes doblones traigo
Que ofrecerte, y así digo,
Que aquesta próxima noche
He de ser favorecido.
Es cierto vengo cansado
Del trabajo del camino,
Y te advierto que me tengas
Agua ó vino prevenido
Para lavarme los piés,
Que espero de tu cariño
Concederásme este gusto.—
Dióle el si luego improviso.
Considere aquí el lector
Si hace curioso motivo,
Alguno que viesse entrar
En un cuarto pequeñito
A la dama y al galán,
¿No se hiciera mil juicios?
Mala es la murmuracion;
Pues no, curiosos, no han sido
Estos amores en balde,
Pues el término cumplido
Del día, llegó la noche,
Y cada hora era un siglo
Para nuestro fino amante.
Traen manjares exquisitos
A las mesas que cenar;
Se saludan con cariños,
Estos nacidos de amor,
Y otros de otro amor nacidos.
Llegó la hora de acostarse,
A lo que el tío le ha dicho
Que le lavase los piés,
Quitó una media, y ha visto
Las blancas carnes del Duque
Adornadas de cilicios:
Maravillada se queda,
Y estas razones ha dicho:
— Señor, ¿qué misterio es este?
¿Cómo con tantos cilicios
Estas carnes martirizas?
¿No dices, favorecido
Esperas verte esta noche
En los lazos de Cupido?
Si es promesa la que haces,
Refrénate en el delirio
De lo sensual, y mira
No malogres los principios,
Que, según miro se ofrecen,
A mí me dan nuevo aviso.—
Suspense se quedó el Duque
Y dando algunos suspiros,
Le dice:— ¿No me conoces?
Yo soy el Duque tu tío,
Y por mandado de Dios
En busca tuya he venido.
Sobrina, vamos al yermo,
Con el alma te lo pido,
Deja las culpas mortales,
Mira que hay muerte y juicio;
Deja las profanidades
Y pensamientos lascivos;
Mas por tí solo he pasado,
Y tú sola eres motivo.
Dejé mi albergue y morada,
Y mis rezos y mis libros,

1316.

JUAN DE NAVALLA. — 1.
(Anónimo¹.)

Dios con su poder inmenso
Y grandeza soberana,
Y su santísima Madre
María, llena de gracia,
Le den acierto á mis versos
Y á mis voces consonancia,
Para que acierte á decir
Al punto, sin faltar nada,
Un suceso misterioso,
Una maravilla rara
Digna de que se publique
Y que notoria se haga
Por toda la cristiandad,
Para que impresa y grabada,
A pesar de largo tiempo,
Quede en láminas doradas;
Porque por ley natural,
Por ley divina y humana,
Guardemos las tres virtudes
Que de ellas son derivadas,
Fe, esperanza y caridad,
Como Dios lo quiere y manda,
Dejando de usar rigores
Y tiranías ingratas,
Intereses y rencores,
Discordias, iras, venganzas,
Soberbias y vanidades,
Lujurias y destemplanzas,
Cruelles rabias é invidias,
Que son á los hombres causa
De su total perdicion,
Para que sus pobres almas
Padezcan para en eterno,
Sin que sean perdonadas.
¿No vivais tan descuidados;
Mirad que la horrible parca,
Sin un punto detenerse,
Cortando las mieses anda!
Mieses son las criaturas
Que en el mundo son criadas,
Y en cumpliéndose aquel tiempo
Limitado que les haya
Puesto su gran Criador,
Al punto serán cortadas
Las espigas de sus vidas,
Que sean cortas ó largas.
Muy largas no podrán ser,
Porque si bien se repara,
Por mucho que hayan vivido,
Les parecerá que es nada
En llegándose la hora
Postrera de su jornada.
Hombre, mira que te advierto
Que está tu alma empeñada
En que ha de pagar las deudas
Que tu mortal cuerpo haga,
Sin poder faltar á ello,
Cuando de este mundo vaya;
Y juntamente te advierto,
Para que en culpa no caigas,
Que han de poner en un peso
Tus obras buenas y malas;
Y si por tu desventura
Las malas son mas pesadas,
Has de morir condenado
A arder en eternas llamas;
Y si por dicha pesaren
Las buenas mas que las malas,
Irás triunfante á la gloria
A gozar dichas sin tasa
Con los bienaventurados,
Ángeles, santos y santas.
Con esta prueba hago punto,
Y voy á la circunstancia
Del nuevo prodigio, y digo

Solo por buscarte á tí;
Y pues la dicha he tenido
De hallarte, no me he de ir
Si no te vienes conmigo.—
La Duquesa le responde,
Hechos caudalosos rios
Sus hermosísimos ojos:
— Del alma querido tío,
Ya he conocido mis culpas.
¿Señor mio Jesucristo,
Pequé, Señor, contra vos!
¿Misericordia, Dios mio!
Tío, vamos al desierto,
Que el haber hecho el delito,
Fué instada del caballero:
¿Con qué dolor te lo digo!
Me vencieron, que á mujer
Presto se vence, esto es fijo.
Ropa y doblones no faltan;
¿Ay! ¿Qué haré de mis vestidos?—
El tío le respondió:
— Déjalo todo perdido,
Que lo que es del demonio,
El procurará admitirlo.—
A los diez y siete días
Llegan al abrigo antiguo:
Abrazó con grande celo
Los sayales y cilicios.
No sabré aquí ponderar,
Cuando le dió nuevo aviso
A su padre el mismo Duque,
Cómo ya había recogido
A la descuidada oveja,
Que ha faltado de su nido.
La madre despavorida
Al desierto se ha venido:
Al ver su hija querida,
En lágrimas y suspiros
Se exhalaba, dando gracias
Por el favor recibido.
Llegan al yermo gustosos
Con el pretexto y designio
De visitar la Duquesa:
A lo que el tío había dicho,
Que temia la presencia
De sus padres, y era digno
Por caridad la dejasen.
En fin, la madre ha pedido
Que la dejen ver su hija;
La licencia ha conseguido,
Bajo de santa obediencia;
Mas al silencio remito
Lo que podía pasar.
El padre al hermano ha dicho
En clausura la mantenga
Y la pusiese en el sitio
O cueva que ántes tenia,
Siendo aquí el mayor prodigio,
Que en ásperas penitencias
Excedia al mismo tío,
Ofreciéndole al Señor
El alma que le ha infundido,
Perdona, noble lector,
Lo rústico del estilo
A Pedro Navarro, que es
El autor de estos corridos,
Y los sacó de una historia
Que ha leído en cierto libro,
Que su título contiene:
«Victoria y triunfos de Cristo.»

(La Linda deidad de Francia, Pliego suelto.)

¹ Desde aquí no se entiende nada del romance.

Que en la ciudad mas nombrada,
Que es Alicante la bella,
Famoso puerto de España,
En esta ciudad vivia
Un hombre que se ocupaba
En administrar haciendas
Y en cobrar las alcabalas,
El cual era tan tirano,
Que tarde ó nunca pagaba
A los que estaban sirviendo
Le criados en su casa.
Entre ellos un despensero
Tenia, que muestra daba
De ser hombre muy cabal
De la nacion galiciana,
Que era natural de Tuy,
Llamado Juan de Navalla.
Este le sirvió diez años,
Y viendo que no cobraba
Para poderse vestir,
Y que su ropa está ajada,
Un dia dijo: — Señor,
Yo quiero irme á mi patria;
Ajústeme usted la cuenta
A ver lo que me restaba.—
Mas tirano le responde
Con voces muy destempladas:
—Váyase cuando quisiere,
Que su cuenta está ajustada:
Mas me debe que le debo;
Y si en eso mas me habla,
Lo he de poner en la cárcel,
Para que bueno me haga
Todo lo que me ha usurpado
Y lo ha enviado á su casa.—
El mozo que aquesto oyó,
Sin responderle palabra,
De allí se salió afligido,
Y al Gobernador buscaba
Para que le haga justicia
Y el dinero le cobrara.
Respondió el Gobernador
Diciéndole que le traiga
Testigos que lo declaren,
Y que la verdad juraran;
Y como no halló testigos,
Muy afligido se andaba.
Y estando en el campo solo
Arrimado á una muralla,
Vió que hacia él se venia
Un caballero, y le habla;
Preguntóle por su amo,
Y él dijo: — Que ya no estaba
Con él, porque de diez años
El salario le negaba.—
Dijole: — Pues yo te traigo
Una conveniencia hidalga,
Que como seas se al
Y me sirvas, doy palabra
De cobrarte tu dinero
Sin que pierdas una blanca.—
En fin aceptó el partido,
Sin saber con quién trataba.
Era el dicho caballero
El demonio en forma humana,
El cual le dijo: — Por donde
Fuere yo, sigueme y marcha;
Ascle de este baston,
Por ser cosa que me agrada.
En un instante se hallaron
Delante de una portada
De un suntuoso palacio,
Que de verlo se admiraba,
Y con bastante recelo
Preguntó Juan de Navalla:
—Señor, ¿qué palacio es este?—
Dijo el diablo: —Esta es la casa
Donde pagan los que deben,
Sin quedar á deber nada;

Y en este cuarto de afuera
Has de tener tu habitanza;
Aquí tendrás que comer,
Y tambien tu buena cama.
Ten así, toma esta llave
Para que cierras y abras,
Y aunque veas y que oigas
Cosas que asombran y espantan,
A ti no te dé cuidado,
Que el Altísimo te ampara.—
Llegó el demonio á la puerta,
Y apenas un golpe daba,
Salieron á recibirlo
De criados y criadas
Gran multitud, que humillados
A sus piés se le postraban,
Y él arrojando centellas,
Les dijo con voz airada:
—Ahora me pagaréis
La demasia y tardanza;—
Y con el baston á todos
Tantos palos descargaba,
Que los dejaba por muertos,
Y luego se levantaban
Y volvian á embestir
Con mas encendida rabia.
Así se entraron adentro,
Y con gran miedo Navalla
Solo se quedó en su cuarto,
Que apenas determinaba
Si era noche ó si era dia
En tan lóbrega habitanza,
Encomendándose á Dios
Y á la Virgen soberana.
Y dentro de poco rato
Reparó que lo llamaban,
Diciéndole: — Mira, mozo;—
Y acudió á ver qué le mandan
A la puerta de palacio,
Y dos mulos le entregaban
Aparejados, y dicen:
—Anda, y de aquella montaña
Trae dos cargas de carbon,
Que allí está donde se labra,
Y mira que vengas presto,
Que no te dilates nada;
Mira que en este palacio
Al que lijero no anda
Se le castiga de muerte,
Y se le confunde el alma.—
Tomó Navalla los mulos,
Y llegando á la montaña,
Vido que toda la tierra
Negro carbon hecha estaba;
Cargó las cargas aprisa,
Y volvió con vigilancia;
El que salió á recibirlos,
Porque él adentro no entraba,
Le dijo al mulo primero:
—Ven acá, perro, ¿no andas,
Descomulgado maldito?—
Y con una fuerte maza
Le descargó en la cabeza,
Que en tierra lo derribaba;
Con el otro hizo lo mismo,
Y luego con otra maza
De hierro, que era mas grande,
Muy fuertemente le daba,
Hasta que dando alaridos
Hizo que se levantaran,
Y con estruendo y tropel
Adentro corriendo entraban,
Y en un instante volvieron;
Y ántes que los entregaran
Volvieron á castigarlos,
Dándoles con las dos mazas
Tanto, que echar les hicieron
Por la boca las entrañas;
Y luego les señalaron

Una vereda excusada,
Diciéndole: — Por allí
Hallarás otra montaña,
Que es toda de piedra azufre,
Y de allí traerás dos cargas;
Y mira de que te encargo
Que aquí vuelvas sin tardanza;
Mira que en este palacio
El que un instante se para,
A mazazos se le hace
Que entienda lo que le mandan.—
Así Navalla lo hizo,
Y con las acostumbradas
Circunstancias referidas,
Sin que otra novedad haya,
Allí estuvo cuatro meses,
Sin que oyera mas palabra,
Sino eran puras maldiciones
Blasfemias, votos é infamias,
Desesperaciones, iras,
Tormentos, fatigas y ansias,
Aullidos, gemidos, quejas,
Alboroto, grita y ansia,
Como si llovieran rayos,
Y se hundieran muchas casas.
Y al cabo de aqueste tiempo,
Que el trato cumplido estaba,
A la puerta del palacio
Cuatro soldados de guardia
Pusieron, y se asomó
Arrojando vivas llamas
Un horroroso demonio,
Y así dijo estas palabras:
—Navalla, ¿no me conoces?
; Huye de mi furia y saña,
Que soy quien puede abrasarte
Solo con una mirada!
Desviate, y no te arrimes,
Que soy, le dijo en sumaria,
El dueño que aquí has servido
Con cuidado y vigilancia,
Y es justo que te se pague
Y que te se dé una carta
Para el traidor de tu amo;
Y agradece á las estampas
Y esos papeles que tienes
En tu defensa y compañía,
Que si no, pudiera ser
Que acá dentro te quedaras
A padecer para siempre
Las penas que aquí se pasan.—
En donde los dejarémos
Por acabar esta plana;
Y en otra segunda parte
Diré lo demas que falta.

(Juan de Navalla, Pliego suelto.)

! La otra vida es la forma necesaria que ha tomado la sancion de la justicia divina. La revelacion vino á declarar, á confirmar los medios y los modos de cumplirse este hecho, esta necesidad inherente al género humano. Así como el hombre no puede concebir la existencia de los cuerpos extensos sin suponer el espacio que los contiene, así tampoco pudiera tener idea del bien y del mal moral, sin acompañarla con la de la justicia divina: es decir, sin la de un premio decretado para el bueno, y un castigo para el malo. Los pueblos mas salvajes, aquellos mismos cuyo dogma es el fatalismo, han tenido que obedecer á esta necesidad, á esta forma imprescindible, á este modo peculiar de la naturaleza inteligente, y han creído siempre en una gloria, en un infierno. Los paganos é idólatras, los fetichistas, los theistas, en fin todos los que creen en uno ó muchos seres superiores al hombre, es decir, todos los hombres, han necesitado trasladar los goces y los dolores á la otra vida, ya concibiéndolos eternos, ó suponiéndolos temporales. Por lo mismo que el hombre fisico no puede existir sin alimentos, y á tomarlos le excita, le necesita el hambre, así tampoco puede existir moral y socialmente sin la idea de gloria y de infierno, producida por la necesidad de la justicia. Esta idea, cuya esencia y origen es siempre el mismo, varia, sin embargo, de formas segun las diversas religiones ó cosmogonias á que sirve de base y de freno moral: idéntica en lo absoluto, se diferencia en lo relativo. De aquí ha provenido que el hombre, ansioso de penetrar los misteriosos secretos

de su futuro destino, en todas épocas y circunstancias en que la revelacion divina le faltaba, revisitese á la natural de aquellas formas mas adecuadas á las creencias religiosas que tenia. En medio de tantas fábulas inventadas, pero cuya existencia se funda en la base de la verdad, está la verdad del Cristianismo; pero á sus extremos se hallan por un lado las fábulas fetichistas, las panteistas, las sabeistas y las paganas, y por otro las musulmanas, y las leyendas, tales como las de la vision de Alberico, monje de principios del siglo XII, la de la novela caballeresca de *Guerin Mezquino*, la de la *Divina comedia*, del Dante, la de la *Cueva de San Patricio*, y otras muchas que en algun modo se reproducen; pero solo en parte, y mezquinamente en los dos romances vulgares de Juan de Navalla, aquí insertos. Se ve pues que la idea natural del premio y el castigo en la otra vida es un modo necesario de la existencia humana, no interrumpida desde las leyendas de Brama hasta la de Juan de Navalla, que solo es conducido al infierno para presenciar las penas que allí sufren los condenados que usurpan el miserable salario ganado por su criado con el sudor de su frente; que diferencia tan enorme existe entre esta ficcion y la del Dante, sin embargo de que el fundamento de una y otra es la misma verdad!

1317.

JUAN DE NAVALLA. — II.

(Anónimo.)

Supuesto que á los oyentes
Les prometí que sin falta
Les daría el complemento
De esta historia mencionada,
Oiganla, que ya prosigo,
Excusando prosas largas.
Después que aquel enemigo
Perverso, con arrogancia
Dijo todo cuanto quiso
De fieros y de amenazas,
Sin errarse ni turbarse
Respondió Juan de Navalla:
—¿Qué hacen aquí conmigo?
Yo quiero irme á mi patria;
Despácheme cuanto ántes,
Si he de llevar esa carta,
Que con el favor de Dios
Y la Virgen soberana
De nada me da cuidado,
Y la llevaré sin falta.—
Mas el demonio que oyó
Los dos nombres que nombraba,
Dando horrorosos aullidos
Todo lo atemorizaba,
Y llamando por sus nombres
A dos bultos ó fantasmas,
Que á sus piés arrodillados
Obedientes se mostraban,
Le dijo: — Estos son los mulos
Que has traído en tu compañía,
Este es padre, este es abuelo
Del amo que no te paga:
Hijo es de estos dos traidores:
Y pues que te di palabra
De cobrarte tu dinero,
Te lo cobraré, que basta
Me hayas estado sirviendo
Con asistencia sobrada.
Ahora quiero que veas,
Para que cuando te vayas
A tu tierra, des noticia,
Las primorosas alhajas
Que hay en este real palacio
En salas aderezadas.
Mira: ves aquí esta silla,
Que la tengo preparada
Al amo que allá tuviste,
Que si en ella te sentaras
En un cerrar y abrir de ojos,
Hecho polvo te quedaras,
Para que cuando acá venga
Se sienta en cosa tan blanda.
Tiene los piés de alabastro
Con las perillas doradas,
Los cuadrados de marfil,

Todos llenos de esmeraldas,
Diamantes y piedras finas,
Y perlas arracimadas;
Es el asiento de felpa
Con clavos de oro clavada;
Es el espaldar de tela
Toda con oro bordada,
Y los brazos de cristal
Con embutidos de nácar.
Pues ¿qué tal te ha parecido?
¿No es una prenda estimada?—
Navalla dijo: — ¡Tan rica,
Que es imposible que haya
En todo el mundo otra silla
Que con esa se igualara!
—Es cierto, dijo el demonio,
Que no es capaz que la haya,
La cual si fuera á venderla,
Por mas que me la pagaran,
No tiene precio esta silla
Para poder apreciarla.
Vuélvela á mirar despacio
Verás qué pasmo de alhaja.—
Y dándole al punto un soplo
La encendió con tanta flama,
Que echaba rayos de fuego
Y flechas que traspasaban,
Con la violencia que iban,
Las columnas que allí estaban.
Los piés, que eran de alabastro
Ya son piedras azufradas,
Y las curiosas perillas
Estaban alquitranadas;
Los cuadrados de marfil
Eran sierpes enredadas
Con víboras ponzoñosas,
Lagartos y salamandras;
Y el que era asiento de felpa
Era de fuego una plancha,
Que vibraba exhalaciones
Hacia arriba remontadas;
Y el que era espaldar de tela,
Era una plancha acerada,
Y los brazos de cristal
Eran de hierro dos barras,
Que echaban fuego á volcanes,
Sin disminuirse nada.
Dijole: — No mires mas,
Que con eso sobra y basta
Para que allá des noticia,
Porque si vieras un alma
De uno que fué lujurioso,
Y de uno que se preciaba
De ser soberbio en extremo,
Y á los pobres ultrajaba,
Puesta en tormento horroroso,
Muerto al punto te quedarás.
Bastante has visto con esto.—
Y luego dijo: — Levanta;—
Y á uno de los dos le hizo
Que en la silla se sentara,
Y al otro que fuese presto,
Y que una mesa le traiga,
Tintero, papel y pluma,
Y al punto lo puso en planta.
—Ea, escriban ahí apriesa,
Les dijo, sin repugnancia,
Los deleites y regalos
Con que aquí los agasajan,
Y ajústense bien la cuenta,
Para que le sea pagada
Del traidor de vuestro hijo,
Sin que nada se negara;
Y ahora habeis de cantar
Unas de aquellas tonadas
De risa y de pasatiempo,
Deshonestas que cantaban.—
Mas ellos enfurecidos,
Echando voraces llamas

Por ojos, boca y oídos,
De esta suerte la empezaban,
Diciendo: — ¿Qué he de cantar?
¡Oh maldita mi desgracia!
Y tambien maldito sea
Mi nacimiento y crianza;
Malditos sean mis padres,
Hijos, hermanos y hermanas,
Toda mi generación
Desde que fué principiada.—
Y el demonio lisonjero
Decia: — ¡Qué bien que cantan!
Canten mas, que estoy muy triste
Y esa música me agrada:
No se detengan, prosigan.—
Y ellos arrojando llamas,
Decian: — ¿Qué he de cantar?
Maldecidas las entrañas
Donde fuimos engendrados;
Los pasos y las pisadas,
Deleites y pasatiempos,
Y las engañosas damas
Que á pecar nos incitaron,
Y malditas nuestras almas.—
Y así fueron maldiciendo
Hasta los santos y santas,
Y esto todo lo escribieron
Con sentimiento y con rabia,
Y luego echaron las firmas,
Que en el mundo acostumbra
Poniendo en el sobrescrito
El dueño á quien la enviaba.
El año y tambien el dia;
Y despues de estar cerrada
La carta, se la arrojaron,
Y al tiempo de levantarla,
Juan de Navalla se halló
Arrimado á la muralla,
En donde se acomodó
Sin saber quien lo llevaba.
Y así que reconoció
El sitio donde se hallaba,
A Dios y á la Virgen pura
Les dió repetidas gracias;
Y luego determinó
Irse desde allí á la casa
Del señor Gobernador
A decirle lo que pasa;
Y en estando en su preferencia,
De mirarlo se asombraba,
Pues del color del azufre
Tenia el mozo la cara.
En fin le dijo traía
Por testigos y probanza
Una carta del infierno,
Para que se le pagara,
De un abuelo de su amo,
Y de su padre, que estaban
Para siempre condenados;
Y en fin allí le declara
Cuanto vido por sus ojos,
Y lo que llevó de cargas,
Que le sirvieron de mulos
Los que escribieron la carta.
El Gobernador absorto
Mandó que al amo llamaran,
Y que en presencia de todos,
Para que no se excusara,
La carta fuese leída.
La cual de oír la lloraban,
Y á Navalla le pagaron
Todo su dinero en plata.
El amo de pesadumbre
Malo cayó en una cama,
Y así que se vido sano,
En un convento se entraba
De religiosos descalzos
Del Santo Cristo de Gracia,
Para acabar santamente

La vida que le quedaba.
Esto es lo que ha sucedido
Para ejemplo y enseñanza
De aquellos que á los criados
Lo que es justo no les pagan.
Nadie diga bien estoy;
Porque las torres mas altas,
Si caen, dan mayor golpe
Que aquellas que están mas bajas.
Dios abate á los soberbios,
Y á los humildes ensalza:
Fe, esperanza y caridad
Son las que al hombre lo salvan,
Que representan la vela
Todas tres acompañadas.
Es la caridad la cera,
El pábilo la esperanza,
La luz es la fe de Dios,
Que los cristianos la guardan,
Y no puede arder la vela
Si acaso la cera falta,
Que solo luz y pábilo
Arderá muy poco ó nada.
Conserven la caridad,
Que así San Pablo lo encarga,
Que por ser caridad, Dios
Quiso vestir carne humana.
San Jerónimo lo dice,
¡por cierto lo declara,
Que un alma caritativa
Espera de Dios ser salva;
Y el mismo Espiritu Santo
Les asiste con su gracia
A los que son caridosos,
Que á Dios y al prójimo aman.
Y ahora el autor rendido,
Dándole fin á esta plana,
A los oyentes suplica
Que le perdonen las faltas.

(Juan de Navalla, Pliego suelto.)

1518.

EFIGENIA. — I.

(Anónimo.)

A la Madre, Hija y Esposa,
A la pura inmaculada,
A la que es del cielo reina,
Y concebida sin mancha
Del original veneno,
A la que es llena de gracia
En su Concepcion Divina,
A aquella que preservada
En la mente eterna, fué
Perfecta y llena de gracia,
Pues por voluntad de tres
Personas y una sustancia,
Siempre se miró escogida
Y libre de la manzana,
Pues no le tocó á Maria
De aqueste bocado nada,
Porque el eterno Señor
La escogió para morada
En que su Hijo se uniese
A nuestra porcion humana;
A la espada valerosa
Que le cortó la garganta
Al dragon de siete cueillos,
Que vibra infernales sañas;
A la valerosa Ester,
A la Judit soberana,
A la esposa de Josef,
Hija de Joaquin y Ana;
A la que es Madre de Dios
Y siempre nuestra abogada,
Le pido me favorezca
Mientras mi pluma relata
La admirable conversion

Que oiréis en aquesta plana.
En la villa mas ilustre,
Mas noble y de mayor fama
De cuantas hoy se conocen
Y Felipe Cuarto manda,
Es Valladolid su nombre,
Que con referirlo basta
Para contar sus grandezas
Y decir sus alabanzas:
En aquesta villa pues,
De antigua y noble prosapia,
Vivió un noble caballero,
Don Baltasar de Miranda,
Casado con Doña Eugenia
De Cáceres y Zambrana,
De cuya union les dió el cielo
Una hija, y fué criada
Como única, y que sola
Ella el caudal heredaba.
La enseñaron cuanto solo
Puede una mujer bidalga
A buena letra aprender
En arpa, vihuela y danza;
Junto con que le dió el cielo
Una voz tan soberana,
Que mas parece ser ángel
Que no criatura humana,
Que en la voz y la hermosura
A todas hizo ventaja,
Porque el mirar de su rostro
Parece ser condensada
Nieve, que llovió la aurora
Trayéndose en sí mezclada
De la rosa los matices,
Porque en sus mejillas caigan,
Si como á copos la nieve,
De la rosa la fragancia,
Con colores de carmin
Para el matiz de su cara;
Y por mas favorecerla,
En su frente celebrada
El alba tomó su asiento,
Trayéndose en su compañía
Dos muy hermosos luceros,
Que á rayos luces esparzan,
Con dos arcos que, flecheros,
A cuantos les tiran matan.
Es su nariz el pincel,
Que naturaleza avara
Tomó para delinear
La mas preciosa esmeralda;
Son dos rubies sus labios,
Puestos por custodia y guarda
De un depósito de perlas
Que dentro en su boca se hallan,
Porque en lo menudo y blancos
Sus dientes son viva estampa;
Es su barba tan hermosa,
Dividida en dos escuadras
Por un hoyo que está en medio,
Que de una parte se halla
Afrontada la azucena,
Y de otra la rosa blanca;
Y del albor de su rostro
Descienden á su garganta
Copos que al armiño dicen
Para mí no hay semejanza;
Y estos llegando á su pecho,
Toman asiento y morada,
Porque su pecho es el núnem,
Pósito, centro y estancia
De la nieve, porque en ellos
El fino alabastro se halla,
Y el aire de los donaires,
Con la gala de las galas.
Toda en fin erá un prodigio
De naturaleza humana;
Mas de natural, tan fiera,
Y tan cruel é inhumana,

Que despues que tuvo cinco
Lustros, no se sujetaba
Con los debidos respetos
A su paterna crianza.
A su madre no obedece;
Solo atendiendo á la gala,
Al paseo, á las visitas,
Al balcón y las ventanas,
Sin excusar libratario
Con cualquiera que pasaba;
Por cuyo motivo muchos
Vienen por verla y hablarla,
De donde nació el hallarse
De su pueblo murmurada,
Y sobre aqueste horron,
De sus padres castigada,
Sin que tenga correccion,
Que es escribir en el agua
Para Efigenia, el castigo,
Porque en ella no labraba.
¡Oh desgraciada hermosura!
¡Ay de aquellas que se hallan
En tan desgraciado estado,
Que la voz de Dios no ablanda
Su corazon de diamante,
Ni al ruego ni á la amenaza!
Mas viéndola tan resuelta,
Sus padres meterla tratan
En un convento, porque
De religiosa descalza
Tomase el hábito, y viva
A esta orden arreglada;
Pero aunque entró en el convento
Nunca profesó, por causa
De no poder reducirla
A que tal ejecutara.
Tres años estuvo en él,
Por medio de la esperanza
De poderla convencer
Con consejos que le daban.
En este tiempo murieron
El padre y la madre, á causa
De aquel grande sentimiento
Que Efigenia les causaba,
Que es cuchillo cortador
Para los padres que alcanzan
Pundones de nobleza,
Que los hijos sobresalgan,
Conociendo que nacieron
Para ejemplo y enseñanza;
Porque esto quiere decir,
Yo vengo de ilustre casa.
En fin, muertos, como he dicho,
Sacó Efigenia la cara,
Y abandonando el convento,
Posesion tomó en su casa,
Siendo dueña y gobernando
El caudal que le quedaba,
Dando firme testimonio
De su condicion tirana;
Porque así que se miró
A su albedrio, fué tanta
Su resolucion, que puso
En escándalo su patria.
Tanto fue su devaneo,
Que llegó á tener la mancha
De haber perdido; qué horror!
La prenda mas estimada.
No buscó satisfaccion,
Ni en tal ella se ocupaba,
Porque su intencion ha sido
Vivir experta y osada
Para ser comun á todos:
¡Oh Majestad soberana,
Tú solo sabes ser sabio,
Que en tí no cabe ignorancia!
Efigenia llegó á estado
Que á los galanes buscaba,
Y para que le asistiesen

Los vestia y regalaba.
No es este solo el caudal
Que se distribuye en malas
Operaciones, que hay muchos
Que no se van á la zaga.
Enamoróse Efigenia
De un mancebo de su patria:
Este era dos veces rico,
Porque el caudal le sobraba,
Y virtuoso en extremo,
Riqueza hermosa del alma.
Dió en perseguir á este jóven,
Con desenvoltura tanta,
Que ni en poblado ni fuera,
Ni en la iglesia ni en su casa,
Nunca se hallaba seguro
De su mucha pertinacia.
En fin lo llegó á vencer,
Dando logro á su esperanza;
Que hay ovejas tan perdidas
Y fuera de la manada
Del rebaño de la Iglesia,
Que andan armando asechanzas,
Por sacar las que están dentro,
Y á malos pastos llevarlas.
¡Oh envidia de Satanas,
Que trasformas en hircanas
Viboras, para morder
La inocencia mas gallarda!
Pero como del rebaño
Sacó Efigenia esta alma,
Quiso Dios de que volviese,
Y que ella volviese en paga.
Y fué el caso que á la voz
De vida tan desastrada
Como Efigenia tenia,
En la Seráfica casa
De aquel Serafin llagado,
Y la que fué preservada
Pura, limpia y sin manilla,
Una mision ordenaban,
O ya por aqueste fin,
O el que materia les daba.
Salieron á predicar
Por las calles y las plazas:
Frente en casa de Efigenia
Dijo un padre en voces altas,
Con eruditas razones
Y doctrina firme y santa,
Tomando tema, dia y sitio;
Pero con tanta eficacia,
Que aun ablandara las piedras,
Convirtiendo muchas almas.
Despues que acabó el sermon
Efigenia al Padre llama,
Y el religioso fué al punto;
Juzgaba que ella con lágrimas
Y dolor quisiese darle
De arrepentida palabra;
Pero la halló tan fresca,
Y en su vivir tan hallada,
Que el Padre tuvo por bien
De volverle las espaldas
E irse para su convento.
Y yo ofrezco en otra plana
Decir de su conversion
Lo restante: no se vayan.

(Efigenia, Pliego suelto.)

1319.

EFIGENIA. — II.
(Anónimo.)

Despedido el religioso
De Efigenia y de su casa,
Se fué para su convento,
Dándole á Dios muchas gracias,
Que por lo malo y lo bueno

Hay obligacion de dirlas.
Y aguardando que la noche
Tienda su lóbrega capa,
Y aguardando que el convento
A su hora acostumbrada
Mande tocar á silencio,
Porque solo lo dejaran,
Llegó la noche, y al punto
Dentro su celda se entraba,
Y desnudando su cuerpo
Lo que á la espalda tocaba,
Tomó unos gruesos cordeles,
Y ambas rodillas hincadas
Ante una divina imagen
Del Redentor de las almas,
Una recia disciplina,
Con lágrimas tan colmadas,
Al amante Dios le ofrece,
Que en el suelo derramadas
Corren cual vivas corrientes
De inundacion desatadas;
Y con duplicado ardor
Y amorosas esperanzas,
Dice:—; Amoroso Señor,
Dulce pastor de las almas,
No permitais que Efigenia
Del dragon sea apresada!
Dale, Señor, de tu luz
Un rayo, para que salga
De aquella hedionda piscina
En que se halla aprisionada;
Y en seña de que lo pido
Para gloria y alabanza
De tu potencia divina,
De este sitio en que te habla
Aqueste tu indigno siervo,
Nunca moveré las plantas,
Hasta que me des señal
Que me concedes tal gracia.
Por ello, Señor, te ofrezco
De ayunos siete semanas,
Y otras tantas disciplinas;
Y á tu Madre soberana
Todas las misas que pueda,
Dichas al romper el alba.—
Hecha aquesta rogativa,
El crucifijo le habla,
Y dice:—Tu peticion
Es oida, vé mañana,
Y vuélvele á predicar
Mi doctrina y vida santa,
Y dile que tú á la noche
Volverás á confesarla,
Porque yo quiero por mí
Ya recoger ese alma
Y traerla á mi rebaño,
Que me ha costado muy cara.—
Con esto el buen religioso,
Bañado en sangre y en lágrimas,
Cesó, dándole al Señor
Infinitas alabanzas,
Y á la Reina de los cielos
Que ruegue por esta alma.
Amaneció, y se llegó
La tarde tan deseada,
Y poniéndose en el sitio,
Dijo con tanta elegancia
Un sermon, con tal doctrina,
Que á gritos todos lloraban,
Diciendo:—; Señor, pequé
Contra aquesta soberana
Majestad, á quien pedimos
Perdon y perseverancia!—
A cuyo tiempo Efigenia
Salió dejando su casa,
Y atravesando la calle,
Que era una pública plaza,
A los piés del religioso,
Toda en lágrimas bañada,

A voces pide perdon
Y que allí la confesara;
A que el confesor le dijo,
Que á la noche lo aguardara,
Y mientras, se examinase,
Que él vendria á confesarla.
Llegó la noche, y tocando
La campana ya á las Animas,
Salió, y llegando á la puerta,
Dentro el religioso entraba.
Halló á Efigenia llorando
Ante la divina estampa
De Cristo crucificado,
A quien con fervor y ansias
Nacidas de su dolor,
Le pide perdon y gracia
Para poder enmendarse
Y darle vida á su alma.
Y llegando el religioso
Con amor y con fe santa,
Confianza en el Señor
Llegó, y mostróle la llaga
De su divino costado,
Y toda su pasion sacra,
Diciendo:—; Mira, Efigenia,
Lo que á Dios cuesta tu alma!—
Y ella puesta de rodillas
Ante la divina y alta
Deidad, que al cielo y la tierra
Formó con sola su gracia,
Arrepentida pidió
La sanase de las llagas
De sus cometidos yerros,
Por su pasion soberana,
Y el Señor le dijo entónces:
—Véte mañana á la casa
De mi Serafin llagado,
Y ante el confesor declara
Con verdadero dolor
Tus culpas, que ya te aguarda
En un desierto mi amor,
Logro de tus esperanzas.—
Ausentósele el Señor,
Quedando ella tan colmada
De gracias y perfecciones,
Que embelosa, admira y pasma.
Llegó el dia, y sin aliño
De artificio ni criadas,
Se fué hácia el dicho convento
Hecho su pecho una fragua
De amor de Dios, y sus ojos
Dos fuentes que destilaban
El corazon derretido
En lágrimas que derrama.
Llegó al convento dichoso,
Que es donde su dicha aguarda
Y con dolor verdadero
Al confesor le declara,
Despues de todas sus culpas,
Todo cuanto le pasaba.
Y que en propósito firme
Estaba determinada
Tomar albergue en un monte
Que seis leguas de allí estaba,
Que era gusto de su amado,
Y que así se lo mandaba.
El confesor le responde
Que ocho dias aguardara,
Y que en todos asistiese
A gustar el pan de gracia
En la eucaristica mesa,
Para una empresa tan ardua.
Mandó Efigenia sus bienes
Para obras pias y santas;
Solo para sí reserva
De sayal una mortaja,
Un divino crucifijo,
Y dos cadenas pesadas
Para sus manos y piés,